

Hugo Sánchez: escribir el cuerpo

♦
PEDRO ÁNGEL PALOU

Todo santo tiene una iconografía que surge de sus épocas de anacoreta. A Hugo Sánchez, también, no le es ajena esa forma visual de hagiografía. Es, por ejemplo, un joven delgadísimo, de cabello largo, hirsuto, que milita en los Pumas y está en la selección juvenil. Quitemos los factores de época —el mismo cabello, por ejemplo, es el de Nájera o el de Cuéllar en esa también dudosa selección mexicana que Roca llevó a Argentina 78— y quedémonos sólo con el cuerpo. No hay nada en ese físico que nos haga pensar en el atleta consumado, en el fortalecido delantero que, en el Real Madrid, se convertirá en el mejor jugador mexicano de todos los tiempos.

Veamos, por ejemplo, las piernas. Son delgadas, apenas con un músculo que dibuja tímida su presencia, y magnificadas por las espinilleras. Pero entre el final del pantaloncillo corto y el inicio de la media hay un pedazo magro de carne, casi un soplo que nos haría pensar en un corredor de fondo. No, visto así, Hugo Sánchez es el anacoreta que regresa del ayuno ritual.

¿Ágil? Eso sí, por supuesto. Siempre tuvo algo de lince y de gacela, algo de ocelote prehispánico. Mucho antes de que su voltereta gimnástica más digna del

Circo Chino de Pekín que de un estadio de fútbol diera la vuelta al mundo y los cronistas de esa épica tardía la bautizaran como la *huguíña*, ya se veía un acróbata en sus movimientos. Todavía algo desgarrados, pero anunciando la futura elegancia felina.

¿Y entonces? Insisto, hay una historia visual de nuestros ídolos religiosos. Hugo se va con los colchoneros a Madrid y no triunfa al instante. El pelo más corto, la camisa rayada que lo hace un chiva expatriado, las locuras de Gil y Gil. Los insultos, siempre los insultos. Todo un pueblo sentía una vejación tremenda en los “indio” repetidos



al delgado cuerpo de nuestro santo. Y ahí, creo, inicia la transformación. Hugo Sánchez se da cuenta de que para firmar con rúbrica exquisita varios sonetos de gol necesita la escritura del cuerpo. De su cuerpo. Cada músculo es un laboratorio de formas. Trabaja, se le ve evolucionar así, con desnudo en la progresión. Tiene todo para ser un ídolo mundial, y lo sabe. Fuerza, garra, coraje. Sólo le falta cuerpo. Horas y horas de gimnasio, dieta especial, el hombre se empieza a construir a sí mismo.

Es loable que un intelectual lea y asimile a cuanto autor vivo y muerto le permite el tiempo y la tradición. Es maravilloso ver cómo hace una voz propia con ellos, cómo se construye un espacio. Un atleta como Hugo pasa por las mismas etapas. (A ningún mexicano le importa el título de dentista ni los anuncios de colgate.) Se trata de ver, de captar como esponja lo que hace fuertes e invencibles a los otros, asumir esa fuerza, hacerla y asimilarla en cada palmo del cuerpo. Escribir la heroicidad en unas piernas —las fotos no me dejarán mentir— que se han vuelto árboles de tule para iniciar la conquista del suelo español. Una y otra

vez Hugo entra al área chica y anota. Una antología no podría contener la gama de goles, los tantos movimientos de ese cuerpo, la chilena, la tijerilla, tantas y tantas formas de cabecitas al marco. Y anota. Una y otra vez anota. Se lleva el primer Pichichi. Pero insisto, no hay compendio que los contenga, esos goles sólo caben en unas obras completas encuadradas en doce o trece tomos.

Pareciera que el cerebro en unos cuantos segundos lograra mover los músculos exactos, tensar los tendones precisos. Y prepara, apunta, fuego. No he mencionado los goles a balón parado, los famosos *madruguetes* del mexicano que regresaría a México con todos los trofeos que caben en un hombre y, ah qué caray, con una mujer que fue *miss España*. El *manito* conquistó la península y regresó a una tierra en la que no ha encontrado cabida aún. Ni como comentarista ni como autopromovido entrenador nacional. Sin embargo un homenaje como el que se le rindió no es gratuito. Hugo se despide. ¿Qué ha pasado con su cuerpo? Declara a los periodistas que no jugó para dejar a la selección su camino libre. Todas las cámaras se accionaron frente

a ese cuerpo al que el descuido ha vuelto maltrecho. No se ha perdido totalmente, pero la barriga se adivina descomunal bajo la camiseta de la selección que viste por última vez. Nadie es profeta en su tierra, pero algo debiéramos hacer para que nuestro mayor apóstol regrese a la cancha como entrenador. Lo imagino adelgazado, enseñando los trucos que lo convirtieron en el prestidigitador del gol, compartiendo con los jóvenes los retazos de una gloria que nunca será superada. Y, retornado al cuerpo aquel, en cualquier entrenamiento lo imagino acariciando el balón con el empeine, alzándose majestuoso del suelo, volando por el aire para golpear un balón, dirigirlo a la portería y colocarlo “ahí donde las arañas ponen su nido”.

¿Se lo imaginan? A nadie le queda mejor el silbato de entrenador nacional, nadie podría inyectarle a cada jugador mexicano más ánimo guerrero. Si no es así, por lo menos me quedarán sus goles, todos sus goles. Parafraseando a Roland Barthes, puedo decir que los goles de Hugol (el epíteto del héroe homérico) son una muerte; transforman la vida en un destino, el recuerdo en un acto útil y la duración en un tiempo dirigido y significativo. ♦

